

DE TAL PALO TAL ASTILLA.

NOVELA DE PEREDA.

(1880)

I.

Por desgracia ó por fortuna, que casi no sabré decirlo á punto fijo, siempre me ha tocado hablar de los libros de Pereda, después que ya los ha juzgado todo el mundo.

Mas esta vez indudablemente ha sido para mí una verdadera suerte el llegar tarde.

Porque si hubiera podido escribir de esta última novela tan pronto como vió la luz pública, hubiera tenido que reducirme á dar á conocer á grandes rasgos el asunto y hacer del desempeño los fervientes elogios que son de justicia, y que no por serlo hubieran dejado quizá de parecer producto de amistad personal ó de apasionamiento de escuela.

Pero ha corrido un mes desde que se presentó en los escaparates de los libreros *De tal palo tal astilla*, cuya primera edición, por más señas, está ya agotándose, y en ese tiempo no

ha quedado revista, ni periódico apenas con pretensiones de literario, que no se haya creído en el deber de dar á sus lectores noticia del libro con más ó menos literatura, ni ha quedado escritor que presuma de crítico, que no haya tenido la bondad de emitir su opinión acerca de esta obra, desde la ínfima categoría de los comparsas, hasta las primeras partes del teatro racionalista.

Y como quiera que (y esto casi no es necesario decirlo) á toda esa bullidora colmena de sabios la ha gustado la novela del ilustre escritor montañés, casi tanto como cualquier dolor agudo, tampoco es necesario decir que la novela no puede ser mejor, que es excelente, que el autor ha dado en el quid y ha logrado hacer un verdadero libro de batalla, y áun de victoria, si vale la frase.

Y aquí permítaseme alabar á Dios por la mudanza de un crítico, no racionalista, sino católico, y por cierto de erudición vastísima, sin que me atreva yo á asegurar que ande tan arriba como en erudición, en discernimiento. (1)

Enamorado, al parecer, de las formas clásicas, y un si es ó no es hasta del fondo, venía este crítico sosteniendo, á propósito de los libros de Pereda ó de cualesquiera otros libros,

(1) Aludía al señor Menéndez Pelayo, cuya erudición es maravillosa, pero cuya falta de criterio en ésta como en otras materias, es verdaderamente lamentable.

la estrambótica y *non sancta* teoría del cultivo de *el arte por el arte*; es decir, que los escritores, aunque sean como el señor Pereda, y todos los demás artistas, han de hacer sus obras por hacerlas, ó cuando más, por venderlas.

Todavía no va un año desde que el escritor á quien hago referencia escribía con motivo de la novela de Pereda que precedió á la de ahora, del *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, estas terminantes palabras: «Yo no admito que el señor Pereda se haya propuesto en esta novela probar nada,» y daba la razón, añadiendo con cierto desdén entre paréntesis: «Es demasiado artista para eso.»

No es ciertamente ocasión ahora de refutar estas especies, lo uno por haberlas ya refutado con alguna extensión entonces, y lo otro porque el mismo autor de ellas se ha encargado de refutarlas por su cuenta con un artículo reciente, en donde á más de llamar á esta novela «primorosa obra literaria y BUENA OBRA MORAL,» dice luego: «Es lo cierto que de sus novelas (las de Pereda) como de toda obra artística que sea fiel trasunto de la vida humana, se infieren, no una, sino muchas y variadas lecciones. Así, del conflicto religioso que en la novela del señor Pereda estalla, sacará cualquier lector de buen seso, entre otras consecuencias no menos trascendentales, la siguiente...» y pone entre comillas una especie de teorema que

sin ser el principalmente desarrollado en la obra, es sin duda uno de los corolarios que de ella pueden deducirse. Más adelante añade, elogiando la manera cómo el novelista resuelve el conflicto religioso planteado en su obra: «Convertir al impío al fin de la novela hubiera sido echar á perder *la tremenda lección que de toda ella se deduce* y que el doctor Peñarrubia (padre) formula así: «¡Señor, tremenda es tu justicia!»

Por donde se ve claro que el joven y apreciabilísimo escritor ha caído de su burro y tiene la lealtad y franqueza de confesarlo, conociendo que si *humanum est errare, sapientis est mutare consilium*. (1)

Y es tanto más de celebrar el nuevo rumbo del escritor indicado, cuanto que iba ya comenzando á formar escuela.

No há mucho que un biógrafo aturdido, escribiendo en una publicación ilustrada y católica, decía de Paul Feval, en son de alabanza, que nunca se proponía en sus obras resolver problemas ni demostrar doctrinas. Y lo decía con tan poca oportunidad, que casi al mismo tiempo escribía en la segunda parte de sus *Etapas de una conversión* el ilustre convertido estas palabras:

(1) Desgraciadamente, después ha vuelto el Sr. Menéndez Pelayo á defender la teoría del arte por el arte, y á tronar contra las novelas *tendenciosas*. De donde resulta que como crítico no tiene atadero.

«El Sr. Barante, allá en el tiempo en que estaba en boga, quiso desenterrar aquella carcomida sentencia, *scribitur ad narrandum*.... ya puedes figurarte el éxito que tendría entre los que leen saltando páginas..... Yo por mí confieso francamente que si no tuviera nada que probar me callaría. *SCRIBITUR AD PROBANDUM* sería mi divisa si yo mereciese tener una divisa, ó cuando más me permitiría *escribir para narrar*, pero sólo á condición de *narrar para demostrar*.»

Me he detenido quizás demasiado en este punto, porque le considero de suma importancia. Pero vamos al cuento.

II.

En un hermoso lugarcillo de la montaña de Santander llamado Valdecines, vive en compañía de su madre y de una hermana más niña, una joven llamada Agueda, rica en bienes de fortuna, bastante más rica de gracias y perfecciones naturales, y mucho más rica todavía en discreción, talento y virtudes, que hacen incomparable la hermosura de su alma.

En otro lugarcillo no muy distante del anterior vive el doctor Peñarrubia, médico descreído que alcanzó gran fama en la córte, y que poco satisfecho de ésta y de aquélla, que debieron darle más de un disgusto, se ha

retirado á vivir tranquilamente en su pueblo natal, mientras su hijo Fernando, gallardo mozo de clarísimo talento, pero que no ha recibido ninguna educación religiosa, y que por consiguiente milita en las filas más avanzadas de la impiedad materialista y atea, concluye en Madrid, con gran aplauso de los suyos, la carrera de medicina.

Fernando y Águeda se conocieron y se amaron con ese amor tierno, desinteresado y puro, que donde prende una vez ya no se apaga sino con el postrer suspiro de la vida: parecían formados el uno para el otro.

Pero un día doña Marta, la madre de Águeda supo que Fernando era incrédulo rematado, y le cerró severa y terminantemente las puertas de su casa.

Fernando se volvió á Madrid á continuar sus estudios, harto preocupado con aquella determinación, aunque confiaba en que no había de ser duradera, y en que estando, como estaba, seguro del amor de Águeda, no dejarían al fin de verse logradas sus recíprocas aficiones.

Cae después gravemente enferma la madre de Águeda, y ésta, que ni fía demasiado en el saber de D. Lesmes, pobre charlatán que hace de cirujano en Valdecines, ni da importancia á los cuentos del vulgo sobre las brujerías que se atribuyen al doctor Peñarrubia, conocido con el terrible nombre de *Pateta*, le es-

cribe una carta pidiéndole para su madre los auxilios de la medicina.

El doctor, va en efecto, á visitar á doña Marta, y aquí comienza la narración.

El primer capítulo de la novela es el paso del doctor y de Macabeo, que le ha llevado la carta y le sirve de espolista, por la hoz que hay entre Valdecines y Perojales, durante una tempestad horrorosa.

Los auxilios de la ciencia son ya tardíos; el doctor apenas llega más que á presenciar la cristiana muerte de la madre de Águeda.

Esta se queda sola con su hermana menor, la niña Pilar, y ambas, pero principalmente la primera, tienen que sufrir por unos días bajo la tutela de D. Sotero, administrador que fué de la casa en vida de doña Marta, tan malvado y tan hipócrita, que el diablo no tiene por donde desecharle.

Fernando vuelve de Madrid esperanzado de poder ahora casarse con Águeda, no habiendo ya nadie que legítimamente pueda oponerse á sus mutuos amores, y tiene con ella alguna entrevista; pero Águeda cumple su deber de cristiana con heroico valor, sofoca en su pecho como puede el amor que siente por Fernando, y le prohíbe, igual que su madre, volver á verla mientras no crea y obre como católico.

Lucha Fernando con su amor y con su incredulidad, y en la imposibilidad de vencer

al primero, trata de vencer á la segunda: celebra al efecto una conferencia preliminar con el sabio y virtuoso Párroco de Valdecines; mas en esto llegan á sus oídos los rumores de la maledicencia popular excitada por don Sotero (que desea que Águeda se case con un sobrino suyo ó no se case con nadie), propalando que el hijo del doctor quiere hacer la pamema de que se convierte para hacerse dueño del pingüe caudal de Águeda, y con esto y con lo difícil que le parece su conversión, y con lo imposible de vencer sin ella la noble resistencia de Águeda, se le amonтона el juicio y pone término violentamente á su carrera en el mundo.

Tal es así por encima el argumento de esta novela, que narrado de la tan especial manera como Pereda sabe narrar; y adornado de bellísimos é interesantes episodios, forma un libro que, una vez abierto, no se acierta á cerrarle.

Siento en el alma no dedicar un rato á referir sus bellezas; mas cómo lo haría, si para enumerarlas todas me había de faltar tiempo y espacio, y por otra parte no me creo con valor para entresacarlas?

¡Qué descripciones! ¡Qué diálogos! El primer capítulo de la obra, en el que se describe la hoz por donde pasan el doctor y Macabeo en una noche de tempestad, bastaría por sí solo para formar la reputación de un novelista.

Y ¿qué podría decir del diálogo entre Macabeo y Tasia en el capítulo IX? Y ¿qué de la sencillez y de la verdad de aquel otro entre Fernando y la niña Pilar en el jardín de la casa, y de la exquisita ternura de otros varios entre las dos huérfanas, por ejemplo, el del final del capítulo VII? Y en otro estilo, ¿qué cosa más graciosa ni más al vivo pintada que la escarapela de la botica entre el cirujano, el boticario y el maestro?

Sin embargo, donde verdaderamente aparece inimitable Pereda en esta obra, es en los personajes. Hasta los de menor importancia son figuras tan caracterizadas, tan verdaderas y tan interesantes que no puede olvidarse de ellas el que las ha conocido. Don Sotero, aún con ser la figura menos real, es una terrible encarnación de la avaricia que, consentida en principio y halagada, llega á embotar hasta un punto increíble la sensibilidad de la conciencia. El animalejo de su sobrino está perfectamente concebido y dibujado, y Macabeo es una joya artística. Á don Lesmes el cirujano, natural de Vitigudino, se le ve hablar y gesticular, y hasta el metal de su voz cree uno estar oyendo. Los Peñarrubias, padre é hijo, son tipos de primer orden.

Pero el gran carácter de esta novela es Águeda, y el mejor de cuantos ha creado Pereda con haberlos hecho tan buenos. Mo-

delo acabado de la doncella cristiana, dotada de un corazón noble, apasionado y sensible, ama con todo su corazón, pero subordina á la razón sus afectos, somete su corazón á su conciencia, y cumple su deber como si fuera la cosa más fácil y natural del mundo, con verdadero valor cristiano. La poderosa sencillez de sus razonamientos es tal, que el mismo Fernando, contra cuya aspiración los emplea, incrédulo y todo como es y apasionado como está, reconoce que no son hijos del fanatismo, sino que su resistencia es razonada, persuasiva y heroica, puesto que en la lucha arriesga Agueda lo mismo que él, y no la arredra el peligro ni la detienen humanas contemplaciones.

Agueda personifica la santa intransigencia católica que, en cuanto se toca al honor de Dios, se cierra á la banda, así se atraviesen en la contienda todos los intereses y todos los afectos del mundo; y la novela en que Agueda es la protagonista es un himno á esa santa intransigencia de que maldicen los malos y de que se avergüenzan algunos buenos, que también son malos, aunque tengan la ridícula candidez de creer que son buenos.

Agueda es de la madera de los mártires, y si hubiera vivido en tiempo de persecución religiosa á mano armada, hubiera muerto indudablemente en la hoguera ó en el circo: porque no se necesita en verdad menos he-

roismo que para dar la vida de una vez al fuego ó á las fieras ó al filo de la espada, para darla lentamente gota á gota, esprimiendo entre amarguras y tristezas el corazón contrariado. Y Agueda ofrece á Dios su vida de esta manera cuando, convencida del estado tristísimo y desgarrador en que se encuentra el entendimiento del hombre á quien ama, y de lo difícil y casi imposible de lograr ya lo que ella ha creído su felicidad en la tierra, derrama su corazón delante de Dios en esta oración hermosísima:—«¡Señor y Redentor mío, inspírale! ¡Envía á su corazón una chispa de tu gracia! ¡Que crea y se salve, aunque yo le pierda! Y si el peso de sus errores ha de vencerle, que no me falten las fuerzas para llevar con resignación la cruz de mi desventura...»

III

El mejor elogio de la novela de que vengo tratando, y la más autorizada confirmación, á la vez, de los que dejo hechos por mi cuenta, es la dureza y el furor desplegados contra ella por la crítica racionalista.

Ya indiqué arriba que apenas quedaba periódico que no la hubiera anunciado con frases más ó menos hostiles, ni crítico de alguna fama que no hubiera echado sobre ella

toda la bilis literaria almacenada en su librepensamiento. En la imposibilidad de hacer mención de todos, haréla no más de los menos fanáticos, que se han dignado ¡oh generosidad! ponderar la novela por su forma, al condenarla unánimes por reaccionaria y defensora de la intolerancia.

El autor de un artículo publicado en *El Demócrata*, acusa al libro de pesimista sin más razón para ello, á lo que se me alcanza, que el que no pasen allí las cosas á la medida de los humanos deseos y á gusto del mundo, y hasta llega á negar á la novela la condición de tal, porque «al carácter humano de todos los afectos resisten presiones exteriores, que son las únicas que dificultan la solución del conflicto.»

¡Presiones exteriores! Y ¿qué entiende el articulista por presiones exteriores? ¿La fe de Agueda tal vez? ¿La ley de Dios acaso? ¿La gracia divina suavemente moviendo, pero dejando obrar libremente á la voluntad humana? ¿La misma voluntad humana separándose libremente de la ley divina, ó sometándose libremente á ella?

Pues estas son las causas que concurren en la obra de Pereda á la creación y á la solución del conflicto.

Por eso hay verdadero conflicto, verdadera acción, verdadera lucha.

Porque ni la fe, ni la gracia matan los

afectos del corazón: cuando más, los subyugan, pero los subyugan luchando.

Y de aquí la inmensa superioridad de la literatura cristiana en comparación con las literaturas antiguas, porque ha utilizado el interesante y variado ejercicio del libre albedrío del hombre, ora rindiéndose á la gracia, ora resistiéndola, ora triunfando de la tentación con el auxilio de la gracia, ora desperdiciando este auxilio y sucumbiendo á la tentación, en lugar de la fría y monótona fatalidad del paganismo.

Decir luego que la Religión «es hermosa cuando une, y *cruel* y *horrible* cuando separa,» es una vulgaridad progresista; porque ni la Religión, ni nadie, puede unir la luz con las tinieblas; y hacer unión donde no hay para ella términos hábiles, es hacer la más lamentable de las confusiones.

Lo mismo que decir que «el problema de la intolerancia ó se aborda con valentía, ó resulta fríamente ortodoxo y descarnado de elementos estéticos.»

No parece sino que el articulista ha trocado los frenos y ha escrito esas frases en lugar de escribir estas otras, es á saber: que el problema de la intolerancia, ó se aborda con valentía, como el Sr. Pereda le ha abordado, ó resulta fríamente heterodoxo y descarnado de elementos estéticos, como en la obra á que manifestamente alude el articulista.

Mas lo que tiene muchísima gracia es la peregrina ocurrencia de este crítico, cuando á propósito de la educación del hijo del doctor Peñarrubia, pregunta todo escandalizado al señor Pereda si «no le repugna el espectáculo *increíble* de un padre que arranca á su hijo las ilusiones de la creencia en la edad en que más él *necesita creer para seguir viviendo bien y honradamente.*»

Donde aparte de eso de las *ilusiones*, hay la confesión, chistosa en un racionalista, de que, sin creer, no se puede ser bueno y honrado.

¿Y esto, habrá dicho para sí el Sr. Pereda, me lo pregunta un partidario decidido de los gobiernos, llamémosles así, que suprimieron el Catecismo en las escuelas? ¡A qué extremos conducen la pasión... y la ignorancia!

El periódico titulado *El Liberal* ha publicado también sobre esta novela su correspondiente artículo.

El autor de él, después de disertar un poco acerca de las grandes condiciones y facultades de Pereda como novelista, se lamenta amargamente de que todas sus obras «das inspire un espíritu reaccionario é intransigente,» sin lo cual «resultarían, á su entender, más acabadas y *plausibles.*»

Relata luego á su manera el argumento, hace después, igual que el crítico anterior y lo mismo que el subsiguiente, la obligada

comparación entre esta novela y *Gloria*, y continúa fluctuando entre su natural rectitud, que le lleva á reconocer que la obra está «primorosamente escrita,» que tiene «cuadros de luz esplendorosa y brillante» y tipos «admirablemente retratados», y el espíritu de secta, que le hace hallar en el libro falta de interés, de pasiones, de grandes caracteres y hasta de verdad artística.

Todo para concluir con estas sentenciosas frases:

«En *Gloria*, el amor triunfa de la intransigencia religiosa; en *Agueda* puede más la fé que el amor. (*¡Inde irae!*) El Sr. Pereda ha hecho un buen libro, pero no ha logrado su propósito. Quiso, inútilmente, que *Agueda* fuese el reverso de la medalla de *Gloria*, porque *Gloria* no tiene reverso.»

Lo que no tiene es anverso, como tendré el honor de demostrar algun día.

IV.

Bien quisiera poder trasladar aquí literalmente las alabanzas que *De tal palo tal astilla* arranca al crítico de *El Imparcial*, que es, de entre todos, el que aborda el asunto con más pretensiones de erudito.

Pero es imposible; haría este artículo interminable.

«Paisajes hermosos con tanta luz como los de Claudio Lorena, con tanta verdad y sabia composición como los del Pussino», «la natural sencillez de un diálogo de Timoneda», «la dulzura melancólica de una égloga de Garcilaso», «cuadros de costumbres de la aldea comparables sólo á lo mejor que en este género pueda haberse escrito», «una conferencia digna de cualquier médico de aquellos que inmortalizó Molière», seguridad de «que no cabe más arte en la descripción del país y de las costumbres...» Todo esto y mucho más que dice, desleído en una columna de letra pequeña y apretada, ha encontrado el crítico de *El Imparcial* en la novela del Sr. Pereda.

Mas ¡oh dolor!... es decir, ¡oh ventura!... porque realmente, ¿de qué le servirían á mi querido amigo Pereda todos estos elogios por más que sean desinteresados é imparciales?

El verdadero elogio y el más apetecible y estimable viene ahora.

Después de todas esas alabanzas, resulta que al crítico de *El Imparcial* le parece muy mala, detestable la novela de Pereda. Por parecerle mala, hasta le parece peor que *Don Gonzalo*, que, dicho sea para satisfacción del autor, tampoco le pareció buena.

Y las razones, si así puede llamárselas, son: «Porque el Sr. Pereda ha querido dar su opinión sobre el conflicto religioso», «porque ha

hecho una novela *tendenciosa* de esas que demuestran ó poco menos lo que al autor se le ha metido en la cabeza que es la verdad, aunque no lo sea», porque «el Sr. Pereda mejoraría sus obras si en ellas prescindiese de mezclar lo humano con lo divino y no se acordase de que había en el mundo positivismo, Ateneo ni facultad de medicina», y en suma, porque «*De tal palo tal astilla* cojea del mismo pie que *D. Gonzalo González de la Gonzalera*, pero cojea mucho más.» Lo cual en cristiano viejo quiere decir que *De tal palo tal astilla* es todavía mejor que *Don Gonzalo*.

«Como á mí me gustan las cosas claras, continúa el crítico de *El Imparcial*, digo que el Sr. Pereda ha querido darnos la triaca del veneno (aquí vuelve *Gloria*) que el Sr. Galdós nos propinó con su *Gloria*... Es *De tal palo tal astilla*, una *Contra-Gloria*... *Contra-Gloria* se llama Águeda, y es en resumen una fórmula algebráica de la más vulgar mojigatería...» Y de aquí para adelante, el sapiente escritor, como dejase ya agotado el diccionario de los elogios, se entretiene en apurar el de los dicerios.

Pero vamos á cuentas: el crítico de *El Imparcial* dice, con todos los demás críticos racionalistas, que *De tal palo tal astilla* es una novela mala por ser una novela *tendenciosa*, y sin embargo confiesan esos críticos que *Gloria*, que para ellos es una novela excelen-

te se propone probar *esto ó lo otro*, es decir, que también es una novela tendenciosa; luego lo que al crítico de *El Imparcial* y á todos los críticos racionalistas les parece mal en la novela *De tal palo tal astilla* no es el que sea una novela *tendenciosa*, sino que su tendencia sea buena, es decir, el que sea una novela católica.

De suerte, que con decirlo así por lo claro, se ahorran todos estos críticos tanta palabrería y tantos rodeos para venir á parar en que Águeda, la discreta y simpática y bellísima protagonista, es para ellos «sosa como una calabaza», porque no sabe á protestantismo.

De esta laya es todo lo que queda del artículo de *El Imparcial*: amontonar injurias contra Águeda y contra el novelista que ha creado á Águeda; decir de ella que es una mujer tan soberbia, tan desabrida y tan sin caridad, que no merece que la quiera ningún hombre, cuando aparte de su fe y de su clarísimo talento, es toda humildad, toda sensibilidad y toda ternura; quejarse de que «los novelistas *neos* no representen jamás el libre examen en hombres que crean en Dios y en la otra vida, sino en librepensadores de brocha gorda; decir diatribas mal encubiertas contra los milagros; llamar á los magníficos diálogos entre Águeda y Fernando *puerilidades pseudo-religiosas*, y repetir y volver á re-

petir todo esto, como si á fuerza de repetir muchas veces las mentiras se tornaran verdades.

«En suma, dice el crítico racionalista de *El Imparcial*, el Sr. Pereda ha escrito una novela monótona, fría, inverosímil, por seguir las huellas de escritores que tampoco han dado en el clavo (estos son Alarcón y Valera;) y por oponerse á otros (este es Galdós: ¡fuera sombreros!) que viven en *regiones* á que no debe aspirar el autor de *Don Gonzalo*.»

¡Ah! Esas regiones supongo yo que serán las logias; porque allí es donde se le ha decretado á Galdós una reputación de novelista sin saber escribir ni aun medianamente el castellano.

Pereda es un «artista admirable» y «no cabe más arte» que el de Pereda, según dice el crítico de *El Imparcial*; pero realmente no debe aspirar á las regiones en que se fraguan los esperpentos como *Gloria*, cuya menor desgracia no es ciertamente la de merecer la aprobación absoluta del crítico de *El Imparcial* y de todos los críticos *ejusdem furis*.

V.

En suma, digo yo, *De tal palo tal astilla* es una novela trascendental y bellísima por la in-

tención y por la manera admirable como está hecha, ó dígase por el fondo y por la forma.

Lo único que en ella no me gusta es el capítulo XXI, que considero un tanto peligroso y que si el Sr. Pereda me hiciera caso, suprimiría en la segunda edición, sustituyéndole con una sencilla noticia del consejo diabólico que da D. Sotero á su sobrino.

Por lo demás, repito que las críticas agrias y destempladas de los racionalistas, son la prueba más clara y más ineludible de que el señor Pereda ha puesto con su novela el dedo en la llaga, de que ha dado en lo vivo, pues de lo contrario no escocería como escuece.

Y en efecto, su novela tiene importancia religiosa y social como ninguna. Porque no es sólo contra los librepensadores y los indiferentistas, encomiadores fanáticos de la transigencia de *Gloria*, sino también contra el positivismo y la tontería de muchas hijas y muchas madres que se dicen católicas, y que en cuestión de matrimonio entran con todas como la romana del diablo, contra quien hay que presentar el tipo de Agueda, el tipo de la mujer católica de verdad, que piensa en lo que debe á Dios, en lo que se debe á sí misma y en lo que debe á sus hijos, si á Dios pluguiere dárselos. Contra esas madres y esas hijas, de las que ya en su tiempo decía el P. Martínez de la Parra, en su libro titulado *Luz de verdades católicas*: «Sepa ganar dineros

(el novio) y aún quizá hurtarlos, y concluyése; aunque él sea un mal hombre, y aunque se dude por sus acciones si es cristiano»; contra esas es contra quien hay que predicar que, según los Divinos Oráculos *no hay paz con los impíos*, y que hay que *buscar lo primero el reino de Dios y su justicia*, y que *todo es vanidad fuera de amar á Dios y servirle*, y que *de nada le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma*.